



D i n t e l

Cuna de sueños y campo de batalla *El callejón de los milagros*

Lorena Lozoya Saldaña

El barrio: fragmento de ciudad vieja tejida con vecindades, universo y destino, fortaleza popular con una sola puerta que se abre y se cierra al espacio profundo de la vida cotidiana, breve territorio que marca la identidad y alimenta la memoria colectiva, fuente de valores que se integran y desintegran, cuna de sueños y campo de batalla, suerte de pena y gloria. Un relato cinematográfico dividido en cuatro rondas (entregas) que nos llevan por los intersticios de *El callejón de los milagros*, se trata de la película mexicana inspirada en la novela del egipcio Naguib Mahfuz (premio Nobel de literatura: 1988), realizada en 1994 con la adaptación de Vicente Leñero y la dirección de Jorge Fons; combinación que logró producir un documento escénico pletórico de imágenes que trascienden el tiempo y el espacio, dispuesto con la naturalidad de un espectador que transita en esa parte degradada de la ciudad y se topa con su historia encarnada en la vida privada de sus habitantes: amores, anhelos y desventuras de los vecinos del callejón, espacios públicos que integran el microcosmos de las culturas populares, donde se conjuga el mito y la fe en sus milagros, con la cruda realidad que los acoge.

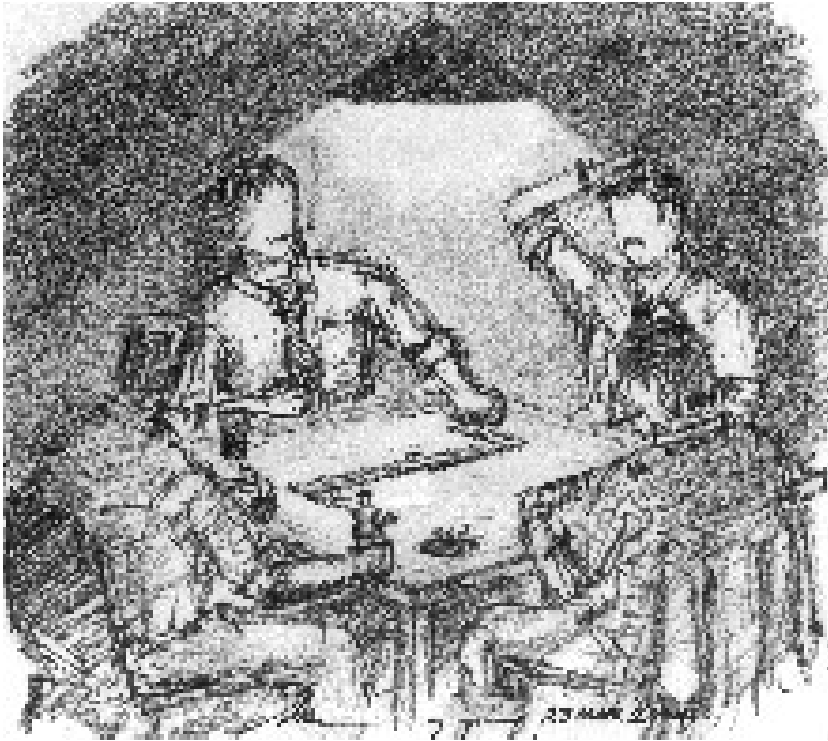
Renovación de la vieja ciudad de México

Escenificada en el Centro Histórico de la ciudad de México, la película toma la atmósfera de la carga secular que pesa en el espacio que fue, desde su fundación en 1325 hasta 1940, la ciudad toda, convertida rápidamente –por su potencial y vigoroso crecimiento– en el centro de una megalópolis, tal vez la más grande del mundo, que muestra las hue-

llas del abandono de las clases dominantes en el deterioro de las casonas coloniales, vueltas bodegas, talleres y vecindades abiertas al poblamiento de los sectores populares y los inmigrantes, que la acogieron como territorio y espacio vital, con su jerarquía, centralidad y estirpe de capital cultural de la nación; estatuto que interpeló a propios y ajenos motivando su declaración, primero como sitio monumental (1980) y luego como patrimonio mundial (1987), espacio de historia por siglos contenida en un centro vivo, vivido, pletórico de memoria, cicatrices y emociones, al que hoy retornan paulatinamente las clases pródigas, ciertas del perdón por su abandono, dispuestas a derramar su estatus y recuperar aquello que sus antecesores dejaron, eso que permanece en el mismo lugar pero en otras condiciones, donde se va la vida.

El callejón de los milagros, se mueve en el espacio propio del barrio: la calle, donde convergen y se articula la vida diaria de sus moradores, espacio público-privado que prolonga el patio de la vecindad hasta la calle y coloca el portón en los límites de su territorio, escenario de encuentro y desencuentro cotidiano que se introduce a la vida privada de la vecindad por la puerta de la cantina, en el ritual propiciatorio del lugar que bebe el tiempo libre y reúne a los cuates para condensar los sueños, movidos a danzar entre las mesas; allí, el juego se abre a la narración de la vida moderna con los héroes vivos del barrio, al que deben sus lealtades y adeudan sus traiciones.

El barrio se comunica consigo mismo, establece su lenguaje, símbolos y códigos, propicia alianzas y complicidades, sólo por su historia viva se distingue de los otros, donde brilla su carácter popular capitalino, picaresco, alburero, gandalla y juquetón, siempre presente en la cantina y en cada



uno de los espacios y momentos de la vida. En el callejón todos son consumidores y ciudadanos, se atienden y se entienden, son vecinos y cumplen una singular función, necesaria pero no indispensable: cantinero, peluquero, librero, dentista, carnicero, casera y adivinadora, que se mezcla con los limosneros, las pirujas y los padrotes, todos concurren en el territorio que marca la historicidad de la trama. El paso de la historia, la pátina del tiempo, donde las nuevas generaciones se proyectan a un futuro incierto, tan prometedor como las paredes descascaradas de la vecindad.



Ilustraciones: Moisés González Arellano.

En un México en crisis, dispuesto a traspasar y transgredir las puertas del siglo XXI, *El callejón de los milagros*, narra una historia que se comenzó a contar en Egipto basada en la habilidad literaria de alguien que fue capaz de expresar lo común y lo distinto; la película tal vez no revitalizó la industria cinematográfica nacional, sin embargo, encontró una nueva dimensión y potencialidad escénica: la obra, la proyectó al mundo de nuevo y le proporcionó un triunfo al cine latinoamericano ávido de contar sus memorias con sus innumerables facetas.

En el filme de Jorge Fons la ciudad no es glorificada ni satanizada, evita la estética de postal que la hace ajena, por el contrario, presenta al espacio por dentro como una más de las figuras dramáticas de la trama. Fons logra una compleja representación del microcosmos de los sectores populares que se integran con el Centro Histórico, asumidos como unidad inseparable, entre el lugar y la cultura, mostrando lo particular y lo común, aquello que se repite como forma de vida, pero que bien puede ubicarse en cualquier otro barrio integrado al relato de las ciudades viejas de nuestro país, o de cualquier otro. Las historias de vida se dan como en la realidad, tejidas con el barrio, lugar y vecindario, y se tornan paradigmáticas, su carácter popular y naturaleza espontánea, se desarrolla lúdicamente en episodios que exhiben experiencias significativas que se redimen ante la fatalidad y el destino irremediable.

Cuatro jugadores, siete fichas y una historia

Todo inicia y reinicia en el azar, en la cantina, en una partida de dominó en el solaz retozar de los juegos de palabras y poemas que hilvanan el juego de la vida cotidiana en el barrio, las fichas se hacen "sopa" con expectante agilidad, cada jugador toma su destino, el afortunado saca la "mula de seises" y lleva la mano; de ahí parte y reparte la historia. Cuatro jugadores con siete fichas y varias posibilidades, uno de tantos juegos dominicales en la cantina donde cada partida es una historia: Rutilio, Alma, Susanita y el Regreso. Es un juego de compañeros situados frente a frente, donde la travesía, el triunfo o la derrota se comparten, nadie está solo. El juego se desarrolla por los dos lados de cada ficha, dos oportunidades o dos opciones, pero se puede atascar si uno de los participantes cierra las alternativas, pero ahí no termina, paradójicamente los que tienen menos puntos obtienen la victoria, sin embargo, aquí nadie gana, la muerte obtiene el triunfo y el barrio vive.

La salida y las expectativas de progreso se agotan: irse pa'l otro lado, casarse o prostituirse. Hay que huir del barrio y regresar con el "triunfo" y mostrarlo, nada sabe igual que la exhibición del objetivo. ¿Escapar a dónde? Todo está ahí dentro.

Las historias se enlazan y se entrelazan, no hay protagonistas, hay situaciones, vivencias, emociones que se transmiten no sólo por las imágenes, sino también por lo que se escucha, la música pausada pulsa la vida de cada personaje de la historia, una historia de todos y de nadie a la vez. Los personajes se mueven deprisa en un espacio agitado cada vez más amenazante y a la vez vital. Los actores, curiosamente, se mueven como en su casa y las escenas fluyen con el oficio y la batuta del director, se apoyan con un montaje rápido, con una rasante dirección de cámara y ambiente musicado que ocupa diferentes planos. El conjunto construye y estalla la tranquilidad del nido que evoca la penumbra, ésa que transmite la sensación de un estado temido y añorado al mismo tiempo.

De la imagen a los imaginarios

Si hay una "incómoda frontera entre el periodismo y la literatura", como diría René Avilés Fabila, la conjunción entre la literatura y el cine no siempre resulta desafortunada, tal es el caso de la película que nos ocupa. No es un relato lineal, existe una yuxtaposición de tiempo y espacio. Todo sucede en el corazón del barrio, con escenas a media luz y en pleno día, que nos permiten surcar el paisaje de los rostros cotidianos y las ciudades nuestras. Personajes sin rodeos, se presentan reales, creíbles y hasta entrañables. Quién no conoce a una Doña Cata que lee la mano y hace pócimas de amor; a un dentista que parece carnicero, a una bella novia convertida en prostituta, a un machín que le gustan los hombres, a la mujer mayor que compra al marido o al novio que se va para el otro lado en busca de dinero para la boda.

El guión de Vicente Leñero nos lleva por diversos lenguajes, desde la cantina hasta el diálogo entre jovencitas que se inician en el ejercicio de la sexualidad. No hay juicios ni maniqueísmo en el relato, todo fluye con agilidad durante los 220 minutos, donde ocurren las partidas, mientras viven y mueren los vecinos del barrio, movidos por él y para que él viva.

Es significativo el hecho de que *El callejón de los milagros* (la novela) es considerada como la gran novela de El Cairo, mientras que la película, a decir de Gustavo García (crítico de cine), representa el último filme de la serie que caracterizó el "buen momento internacional" para el cine mexicano. Con todo, la película aún despierta reflexiones y motiva a explorar los secretos de los cuatro jugadores que transitan entre las narraciones y las letras, las butacas y las pantallas, mezclándose con las imágenes y los sonidos, captando lo "esencialmente humano" para apreciar su sentido y su naturaleza única y común: el tiempo, el espacio, la literatura y el cine.

Con obras como ésta, el cine mexicano reivindica su potencial creativo y su valor estético, proyectándose además como uno de los medios de comunicación más importantes de nuestro tiempo, no sólo por su capacidad documental y habilidad expresiva, sino porque logra despertar la reflexión sobre el "nosotros" y nuestra vida, con recursos que provienen de lo que el consenso internacional valora como patrimonio de la humanidad: la obra literaria de Mahfuz y el centro histórico de la ciudad de México, ambos producto de una historia que se nutre con la vida anónima de personas comunes y corrientes, que aun en esta época han trascendido al tiempo y al espacio, como signos de que lo global puede fortalecer lo local; en este caso tal vez por azar —una buena mano de dominó—, sus efectos tocan las fibras más sensibles de la identidad y movilizan las formas simbólicas que se encuentran incrustadas en la cultura y en la memoria colectiva de nuestros pueblos. Pero en la siguiente mano, otros jugadores del cine mexicano pueden también, hacer "zapato" e

